

Vuelven Luján y la moza, que manifiestan estupor viendo y oyendo.

LUJÁN

¿Qué pasa ?...

DON FERNANDO

Al salir, acompañado de sus caballeros, por el fondo.

Al hombre que ha estado
con nosotros en tu hogar,
cuando te hable, al regresar,
de una jarra que ha apostado
y ha perdido en el mesón,
¡ le dirás que ella es un guante
que le mantiene el Infante
Don Fernando de Aragón !

Salieron. Queda el mesonero consternado. La moza escuchó con dolorida sorpresa. Va hacia la puerta. Levanta el brazo, en un gesto melancólico de adiós, de emoción, de vasallaje.

TELON

ACTO CUARTO

La habitación de la Princesa Doña Isabel, en Valladolid y en las Casas de Vivero.

La puerta que hay en la pared del fondo da sobre un corredor, al que abren también las puertas del oratorio ó capilla, cerradas al levantarse el telón.

Todo el muro lateral derecho está dispuesto de modo que su centro es una ventana ojival practicable, á uno de cuyos lados está el estrado de la Princesa.

A la izquierda, dos puertas: una, para el uso privado de Doña Isabel; otra, para comunicarse con el resto del palacio.

Los muebles, de la época; y en un rincón del estrado, la ruca de Doña Isabel.

Como quien acaba de llegar de un largo camino, doña Clara de Alvernaes, dejando sobre la mesa de labor toca y guantes, habla con la Bobadilla.

BEATRIZ

¿ Y pensabais, doña Clara,
que veníais á esponsales ?

CLARA

Doña Isabel en las letras
que he recibido llamándome,

contaba juiciosamente
 las horas y los instantes,
 fallando que hoy era el día
 que iba á llegar el Infante.
 Me ordenaba, estando en juicio,
 que viniera con su madre,
 y estando ella enferma, sola,
 porque la representase...

BEATRIZ

Luego, la Reina...

CLARA

No ha vuelto
 de su privación; hablasteis
 con ella la última vez
 que atinó á hablar razonable;
 la casa de Madrigal,
 desde entonces, no es de nadie.

BEATRIZ

Pues aquí todo está á punto
 de hacer hoy los esponsales;
 pero el de Aragón no viene,
 ni de sus pasos se sabe.
 Dos veces en estos días
 crucé el Pisuerga á esperarle;
 ni él llega, ni corren lenguas
 de su partido; ayer tarde

salió Gutierre de Cárdenas
 para Almazán, á su alcance;
 nada espero.

CLARA

¿Y nuestra Infanta?

BEATRIZ

Menos que yo; fueron aire
 sus ilusiones.

CLARA

¿No tiene
 quien recoja su estandarte,
 mal si Aragón lo abandona?

BEATRIZ

Carrillo: que está gozándose
 de este abandono, porque
 ya en Madrigal hizo alarde
 de que, no entrando con él,
 no entrara solo el Infante.
 Dejóle hablar Isabel...

CLARA

¿Debió atenderle?

BEATRIZ

¡Quién sabe!...
 Pero hoy, tan sola, parece,

doña Clara de Alvernaes,
torreón en campo yermo
que se rajan sus sillares.

CLARA

Aquí viene.

BEATRIZ

Y vos callad,
si ella os calla, del Infante;
que por no hablar dudas de él,
se ha privado de nombralle.

*Viene por la lateral, triste, como
quien tiene sus ilusiones por tierra,
Doña Isabel.*

CLARA

Acudiendo á abrazarla.

¡Doña Isabel!

ISABEL

¡Doña Clara!

Y después de abrazarla.

¿Sola?... ¡Cuitada mi madre!...

*Hay una pausa; la Infanta llega
con melancólicos pasos al mirador;
las dos damas la siguen con la vista;
Doña Isabel contempla unos instantes desde el mirador
la plaza y las calles de la ciudad.*

Y hoy está un día, que os digo
que, á pesar de los pesares,
me tiene Valladolid
su cara de días grandes...

Deja el mirador; vuelve á acercarse á doña Clara.

Conque, atendiendo á mis letras,
¿venías para esponsales?...
¡No os moféis de mí, que soy
la primera en afrontarme!

*Se desploma en los brazos de su
vieja nodriza, que, sin poder
contener sus lágrimas, les da
rienda suelta.*

CLARA

¡Todo se andará, Infantica!
¿quieres que llore?...

*Y ya lo pregunta llorando; Doña
Isabel, con cariñosa gravedad, la
acaricia y dice á Beatriz:*

ISABEL

Y no extrañes
que hoy, vieja y hecha á pasar
tristezas junto á mi madre,
tenga tan prontos los ojos
para el llanto la Alvernaes;
moza en años, cuando fué

mi nodriza, aya más tarde,
ya dicen que yo la hacía
llorar con mis terquedades:
un día, porque unas franjas
de luz de sol en el aire
se me figuraron tules,
queriendo que me cortase
de aquellos tules un velo,
le dí tortura; era fácil
ponerme el tul en las manos
y, si aun instaba, azotarme;
pero, más hecha á mis órdenes
que á su razón, la Alvernaes
dióse al llanto y se llevó
llorando toda la tarde...
¡Menos mal si ya llorabas,
en aquellos velos de aire,
los que hoy debían cubrir
mi frente en mis esponsales!

CLARA

Me afrontáis...

ISABEL

¡No, vieja mía,
libreme Dios de afrontarte!
Tu corazón, en un hombre,
¡y aun viéramos novedades!

*Acogiéndose á su estrado, parece
buscar algo en la sala.*

BEATRIZ

Previniendo su deseo.

¿La rueca?...

ISABEL

*Acercándose al sitio en que doña
Clara se ha sentado, sobre un
escabel y acomodándose junto á
ella.*

Sí, quiero hilar;
que cuando está el alma seca,
no hay cosa como una rueca
para volverla á ablandar...

*Beatriz, acercándole la rueca, se
sienta á sus pies de modo que
todas forman un grupo íntimo;
Isabel ocupa el centro, y un rayo
de sol cae sobre el huso. La In-
fanta, hilando, dice:*

Poco á poco... Esta es la vía
que cuadra al esfuerzo humano;
que poco á poco la mano
retiene á la fantasía.
Si anda el espíritu loco
de afanes para mover
las ruinas que vió caer,
dice el fuso: «poco á poco;
con los mayores desnudos
no evitarás el dolor;
conque tomarlo es mejor
en las yemas de los dedos;

trillarlo, hacerle soltar
 sus grumos de sangre y lodo,
 y retorcerlo de modo
 que se le pueda ovillar...»
 Beatriz, si miras, verás
 que las sendas están llenas
 de los que huyen de las penas,
 ¡y las penas corren más!
 Pues si al fin, por más bregar,
 nadie se libra, es razón
 pararse á sufrir, hilar
 el copo del corazón;
 de las escorias que esconde
 limpiarlo en este crisol;
 plantar nuestra rueca donde
 la bañe un rayo de sol;
 y así, en laboriosa calma,
 poco á poco, á pasos quedos,
 ¡lo mejor que hilan los dedos
 es lo que va hilando el alma!...

A doña Clara.

Si otra vez, como aquel día,
 te pido el sol, doña Clara,
 mira su luz donde para,
 dime: «hila el sol, hija mía»...

A Beatriz.

Y si estos dolores de hoy
 los puedo al fin olvidar;

si, aunque es de espinas, estoy
 en camino de reinar;
 si me ves que dudo cuando
 la ortiga del triunfo toco,
 dime, Beatriz: «poco á poco
 se hacen los reinos, hilando»...

*Suena, lejano, un rumor de ex-
 clamaciones.*

BEATRIZ

¡ Viene un rumor de la vega!
 ¿ No oís ?

CLARA

No me deja el llanto.

BEATRIZ

Corriendo al mirador.

¿ Será el Infante que llega ?

ISABEL

*Con dulce ironía; no queriendo
 dar crédito, aunque tuvo el mis-
 mo presentimiento.*

Beatriz, ¿ habré hilado tanto ?

*Bruscamente, por la lateral de se-
 gundo término, irrumpe el Obis-
 po Carrillo.*

Obispo...

CARRILLO

Os pido perdón
si entro á destiempo, señora;
pero no está la ocasión
para detenerme ahora.
Triunfasteis: en el balcón
de su abuelo el Almirante,
ya ha visto el pueblo al Infante
Don Fernando de Aragón.

ISABEL

*Temiendo todavía un desencanto;
con ansia.*

¡Poned tino en lo que habláis!

BEATRIZ

¡Lo dije yo!

CLARA

¡Alegra el alma,
mi Infántica!

Al Obispo.

Y viene...

ISABEL

Calma:

mirad á quien lo afirmáis;
pensad que pudo haber yerro,

y callad si es presunción;
no estrujéis mi corazón
con vuestras manos de hierro.

CARRILLO

Lo dudaba como vos,
pero es bien cierto. El destino
quiere que triunféis los dos.

CLARA

¿Y vendrán?...

CARRILLO

*Con cierta contrariedad, que hace
el tono más solemne.*

Ya está en camino.

*Hay una pausa en que la emo-
ción de la mujer y de la hija se
sobreponen á todo. Sintiendo
más su desamparo, en su ale-
gría, la Infántica se acoge á su an-
ciana nodriza.*

ISABEL

La mano con que has cuidado
de mi madre bese yo,
porque sabe á madre;

Lo hace.

y no
te me apartes de mi lado...

Beatriz, da en casa la alerta,
pregónenlo por la villa
y esté mi alcaide, á mi puerta,
con el pendón de Castilla.

Beatriz se inclina y sale. La majestad de las palabras de la Infanta y su mesura de mujer y princesa tienen al Obispo sin hablar unos instantes. La Princesa le interroga.

¿Queréis más?

CARRILLO

Mesurando al principio el tono para no lastimar á la Infanta.

Hemos de ver,
ya que el Príncipe adelanta
los hechos, cómo han de ser
las vistas con él, Infanta.

ISABEL

¡Quién fuera sólo mujer!

CARRILLO

Mucho importan vuestro afán
de dama y vuestro recato;
pero este pliego en que van
los capítulos del trato,
lo tenéis que conocer.

Abriéndolo y pretendiendo que que Doña Isabel lo lea.

ISABEL

Desentendiéndose.

Don Alonso, habrá ocasión;
que hoy por hoy el corazón
tiene sobrado que hacer.

CARRILLO

Pues yo no arrojé mi guante
contra Portugal y Guiena
para estar mal con Villena
por el amor del Infante;
él bese, que yo le dejo,
la mano que está por él;
¡pero entienda que Isabel
tiene detrás su Consejo!

ISABEL

Carrillo: cuando el acero,
que no os piden, no cobráis,
¡qué prontamente pasáis
de soldado á consejero!

CARRILLO

Los tuvo siempre Castilla,
y es mi derecho y no cejo;
¡que ni ante el Rey su rodilla
doblan los diez del Consejo!
Usos son y en uso están;

conque no tiene Aragón
mas que tomar la nación
del modo que se la dan.

ISABEL

Yo callo; pero él quizá
responda que su deber
es tomarla como está
y hacerla como ha de ser.

CARRILLO

No; que yéndole á la mano,
le digo en mi conclusión:

*Leyendo, después de buscar en el
pliego los capítulos.*

«El Infante de Aragón
»no será Rey castellano;
»no tendrá cuño en moneda;
»no habrá tributo que pueda
»cobrar nuevo, abolir viejo;
»se entenderá que le queda
»voz y no voto en Consejo;
»se unen reyes, no agavilla
»los pueblos francos su unión;
»la Reina es reina en Castilla,
»y el Rey es rey de Aragón...»
Y aquí se habrá de estrellar
su ambición, si le ha movido
vuestro cetro á codiciar...

ISABEL

¡Conque lo que él no ha pedido,
vos ya le queréis negar?

CARRILLO

De que besemos su diestra
con respeto, no concluya
que Castilla ha de ser suya...

ISABEL

Pero, Alonso, ¿ha de ser vuestra?

CARRILLO

Fuimos vuestros valedores
en los riesgos y cohechos;
pues adquirimos derechos
de leales servidores.

ISABEL

Grave y enérgica.

¿Y esperanzáis de mirar
vuestros servicios premiados,
ó ya queréis ajustar
las cuentas como criados?
Porque en lo primero, yo
no habrá tesón que no venza;
¡pero en lo segundo, no
me dejará la vergüenza!

CARRILLO

Ni yo lo exijo; que todas
nuestras justas peticiones
las pongo en estos renglones
del capítulo de bodas.

ISABEL

¡Pues acá lo necesito;
que al cabo, de no acordar,
no cuesta tanto pasar
las rayas sobre lo escrito!

*Va el Obispo Carrillo á deposi-
tar el pliego en la mesa y
añade:*

CARRILLO

Y entendí que si recela
mi hidalguía del galán,
es que mis sospechas van
naciendo de su cautela.
Cara le pudo costar;
mas fué cautela su hazaña
de entrarse un día en Ocaña
para poderos hablar;
cautela, en esta contienda
que movíamos los tres,
buscar el solo la senda
que le trae á vuestros pies;
cautela, tornarme á mí

la espada que le ofrecía;
cautela, su correría
de la frontera hasta aquí;
cautela, pasar las crestas
de lanzas fortificadas,
agitar, moviendo apuestas,
las mesas de las posadas...

ISABEL

Sonriente y enardecida.

¿Qué decís?...

CARRILLO

¡Pábulo son
de su fama estas noticias,
que una moza de un mesón
las trajo, pidiendo albricias!
Pues, solo ante mil, triunfar,
y siempre al azar y en vela,
acá doy rostro, allá espuela,
¡caro le pudo costar!;
pero también es cautela.

ISABEL

¡No, Alonso!... Al ver mi aficción
por lo escrito en el papel,
lanzó al aire el corazón
y salió andando tras él;
ni hubo más en la partida,

ni otro quedará en la fama,
que el que se juega la vida
para amparar á su dama.

*El tumulto se hace más clamoroso
cada vez.*

CLARA

Atemorizada.

¡Qué griterío!...

ISABEL

Queriendo saborearlo.

Callad...

CARRILLO

Pero ¿es que el Pisuerga crece,
ó es que el ámbito estremece
rugiendo la tempestad?
No será sino que van,
ebria la turba, él triunfante,
dando á los aires su afán...

VOCES EN LA PLAZA

¡Castilla por el Infante!

CARRILLO

Acudiendo al mirador.

¿No os lo dije? Y aclamado

por vuestro pueblo, al abono
de su aventura exaltado,
viene á vistas velado
como á las gradas de un trono...

Señalando.

¡Miradle do va el doncel
sin barbas en la mejilla!
Pero ya arrastra con él,
de la una mano, á Castilla;
de la otra mano, á Isabel.
¡Vos hais de llorarlo cuando
sea tarde!...

Asomándose á la ventana.

¿Dónde vais,
villanos?, ¿qué voceáis?

VOCES

¡Castilla por Don Fernando!...

CARRILLO

Dejando el mirador.

¡No aclaman siervos pagados
al más alto personaje
con gritos más levantados!

A Isabel, al pasar.

¡Ahí los tenéis, bien cobrados,
los réditos de su viaje!

Pues no os extrañe que apreste
todas mis armas ahora,
si el único plazo es éste
que me da el tiempo.

*Recoge sus pergaminos de la mesa
y dice, al salir por la lateral,
amenazando:*

Señora:

decille luego al Infante,
si pone rumbo al altar,
que yo lo guardo; ¡y delante
de mi espada ha de pasar!

*Sale por el fondo, y Doña Isabel
se queda diciendo:*

ISABEL

¡No dan tregua al corazón!...

*A Doña Clara, señalando la lateral
de segundo término.*

Abridme, Clara, esas puertas.

*Va á hacerlo Doña Clara; pero,
precedido de la Bobadilla, el In-
fante se anticipa á entrar, di-
ciendo:*

DON FERNANDO

No os canséis: las halla abiertas
Don Fernando de Aragón.

*Ve á Doña Isabel; quedan las da-
mas haciendo grupo en el fon-
do; la Princesa avanza un paso;
cae el Infante á sus pies.*

¡Señora!...

ISABEL

Olvidad que he dado,
con mis letras, ocasión
al riesgo en que habéis estado.

DON FERNANDO

Alzándose.

Me traje aquí el corazón
aun más que vuestro dictado.
Porque aquel día, de aquella
reja oscura en el repecho,
clavé una daga; pero ella
vino á clavarse en mi pecho.

ISABEL

¿Tenéis alma de evocar
la crueldad de aquel día?

DON FERNANDO

¿No os dije que volvería?

ISABEL

Quien me mentía al hablar,
¿no dió pie para pensar

que al prometer mentiría ?
 Gutierre, con quien trataba
 de mis dudas sobre vos,
 me hacía afrenta; y por Dios
 que bien os representaba,
 que es leal y su alma entera
 no ve engaño en los demás...

DON FERNANDO

¿ Y vos ?...

ISABEL

Yo dudaba más,
 porque más me convenciera.
 Pero en Madrigal...

DON FERNANDO

¿ También
 dudasteis en Madrigal ?

ISABEL

¡ Harto era entonces mi mal
 para no esperar de un bien !

DON FERNANDO

¿ No ardió Castilla, primero
 que ver sangrar vuestra planta ?

ISABEL

Yo era en Castilla «la Infanta» ;
 ¡ pero era más mi escudero !
 «Esto pagas, esto comes» ;
 ya es feria Castilla entera.

DON FERNANDO

Como para sí.

¿ Qué fué de los ricos homes
 de los tiempos de Antequera ?

ISABEL

Los que morían, mandaban
 abrasar sus esqueletos,
 para no ver que lucraban,
 vendiendo huesos, sus nietos.

DON FERNANDO

¿ Y un Carrillo ?

ISABEL

Vive, dando
 su espada á quien más le da.

DON FERNANDO

¿ Y un Villena ?

ISABEL

Compra un bando
vendiendo al bando en que está.

DON FERNANDO

Pero ¿el Rey?...

ISABEL

Como es su rango
mayor, es de oro su reja.

DON FERNANDO

¿Y el trono?

ISABEL

Lo hacen de fango,
por dallo á la Beltraneja.

DON FERNANDO

¿No hay justicia?

ISABEL

La ambición
de los grandes la destroza.

DON FERNANDO

¿Y mis flores de Aragón?

ISABEL

¡Pudrieron entre la broza!

*Deja una pausa, conteniendo el
sollozo que quiere brotar. Reli-
giosamente airado, el infante es-
cucha.*

¿Veníais á velaciones?...

¡Pues disponed vuestro acero,
porque Carrillo, primero,
quiere imponer condiciones!

DON FERNANDO

¡Basta ya!

ISABEL

Y así veréis
qué es un trato castellano:
cuando os paguen con mi mano
las honras que adelantéis.

DON FERNANDO

¿Puedo, Isabel, apoyar
mi espada en vuestra razón?

ISABEL

A quien ya dió el corazón
¿qué le quedará por dar?